

tualmente se verifica este vil abatimiento que en la embriaguez? ¿cuándo más, pues entonces vemos al hombre del todo semejante al bruto más estólido? Eclipsada la luz de la razón, absortos los sentidos, entorpecida la lengua, y todas las potencias casi sin uso como muertas, ¿quién dirá, que dentro de aquel cuerpo hay un alma racional? ¿quién dirá, que conserva la preciosa imagen de Dios el que, á la vista, solo presenta un vivo retrato del irracional más torpe y despreciable? ¿Tan poco estimas, hombre ingrato, el carácter nobilísimo de tu naturaleza, que más te ilustra, que te hace superior á los demás vivientes y semejante á los ángeles? ¿Y tendrás aún valor de blasonar de sábio, de noble, de tus circunstancias, como sueles exagerar, distinguidas, cuando te hiciste la irrisión del pueblo, el juguete de los niños, la abominación de los juiciosos, el escándalo general de todos? David, para ser desconocido en la corte del rey Aquis (I REG. xxiv, 45), no halló mejor medio, que dejarse llevar en manos de otros, arrojar espuma por la boca, tocar las puertas de las casas, y hacer otros ademanes de insensato. Logró, en efecto, su intento: le desconocieron todos, porque, ¿quién pudiera pensar, que un hombre de unas acciones tan descompasadas, tan ridículas, tan viles, fuese David, el sábio, el generoso, el valiente? Desengáñate, hombre, si acaso te hallas en mi auditorio; por más noble que sea tu cuna, por más brillante que sea tu carrera, por más grande que sea tu ingenio y tu erudición, todo se desconoce, todo se borra, todo se pierde miserablemente con este torpísimo vicio. Dominado del vino, ya en tí nada más aparece que un funesto espectáculo, solo digno del desprecio y abominación; una triste imagen de la más lastimosa miseria. Esto es lo que ofreces á la vista; pero si los ojos pudieran penetrar tu interior, ¡ah, cuánto es de temer que verian dentro de tí un cenagal de torpezas, una sentina de los vicios los más feos y horrendos! Quien así tan voluntariamente se transforma en bruto, ¿qué sentimientos, qué inclinaciones, qué afectos puede alimentar en su pecho, sino brutales?

Infeliz mil veces el que se deja dominar de este vicio, porque tiene ya el paso franco y abierta la puerta para todos los vicios y maldades, por más enormes que sean. Lo peor es, que suele tenerla cerrada para el verdadero arrepentimiento, porque, ¿quién es el que se arrepiente de veras, el que sale jamás de esta profunda miseria? Moisés llamó al vino (DEUT. xxxii, 33) *hiel de dragones y veneno de áspides incurable*. El vino es realmente un veneno para las almas, y su exceso un veneno incurable, porque si de otros géneros de veneno sanan muchas veces los hombres, de éste, rara ó ninguna vez.

Infeliz, pues, vuelvo á decir, el que se deja inficionar de este veneno; ya trae consigo el instrumento y el principio fatal de la más horrible muerte; ya su desgraciada alma se debe reputar por muerta y sepultada; porque, aquel fétido abominable cuerpo, no tanto es órgano vital del alma, como su hediondo sepulcro.

2. Visteis, amados oyentes, los horribles efectos de la gula; por donde fácilmente podeis conocer, cuan terrible sea este enemigo, que tan poco temor suele causarnos. Pues abramos los ojos y armémonos con el mayor esfuerzo, para pelear constantes contra un enemigo tan cruel y pernicioso. La vida del hombre, dijo el santo Job (JOB. vii. 4), es una continua guerra: tenemos que luchar siempre, mientras dura nuestra vida mortal, con muchos y fuertes enemigos de nuestra alma, que por todas partes la rodean para perderla; pero, si no sujetamos al enemigo doméstico, si no reprimimos nuestro apetito con el rigor del ayuno y mortificación, en vano pretendemos, no digo vencer, mas ni aún combatir los enemigos externos. ¿Qué general acomete los enemigos de fuera, sin sujetar, primero, á los que se levantan dentro de la ciudad, ó de su propio ejército? Sigamos el ejemplo de Cristo señor nuestro, que para entrar en batalla con el demonio, se previno con el rigurosísimo ayuno de cuarenta días; no porque necesitase de aquella prevención el que podía vencer con su poderosa voz á todo el infierno junto, sino para nuestra instrucción. Hizo el Salvador lo que debemos hacer nosotros: quiso enseñarnos, no solo con su doctrina, sino tambien con sus obras, como debemos entrar en batalla contra el demonio y el mundo: quiso mostrarnos, que para entrar confiados en esta peligrosa batalla, hemos de luchar, primero, contra nuestro apetito, reprimiéndolo y sujetándolo con el rigor de la abstinencia.

Esta sagrada doctrina siguieron inviolablemente, todos los que de veras emprendieron el camino de la virtud. Pelearon con varonil esfuerzo contra los enemigos del alma; les declararon guerra perpétua; pero ¿por dónde empezaron? ¿cuáles fueron sus primeros y más fuertes combates? Contra el apetito de la gula, reprimiéndolo con la severa mortificación de frecuentes y rigurosos ayunos. Hablen aquellos verdaderos héroes de la Religión cristiana, que, retirados en la soledad, hicieron de las oscuras cuevas ilustres palestras de su heróico valor: hablen aquellos dignos monges, ermitaños y penitentes, que tan gloriosamente triunfaron del mundo, demonio y carne: hablen todos los que abrazaron de veras la cristiana virtud, que la defendieron en esta vida con invencible fortaleza, y merecieron coronarla con el premio celestial: hablen todos éstos, y digan,

¿por dónde principiaron sus fuertes combates? Os responderán todos: por la mortificación de la carne, con largos, frecuentes rigídissimos ayunos; porque sabian bien, que, sin reprimir con ellos el apetito, serian vanos todos sus esfuerzos contra los demás enemigos, á quienes el mismo apetito, si lo dejaban desenfrenado, daría las armas para triunfar con facilidad. Pero hable por todos el apóstol san Pablo: nadie ponderó, ni más á menudo, ni con más vehemencia, la guerra que los cristianos han de sufrir en esta vida de los enemigos del alma; nadie tampoco peleó en ella, ni con más valor, ni con más gloria. ¿Y por dónde empezó sus combates? ¿cuáles fueron los primeros pasos que dió aquel invicto campeón de la cristiana milicia? Combatir la gula con la más rígida abstinencia. Luego de convertido y consagrado al servicio de Jesucristo, la primera demostracion que leemos de su vida (Act. ix. 9), fué un ayuno de tres dias continuos, tan riguroso, que absolutamente se abstuvo en todos ellos de comer y beber. Ilustrado ya entónces del cielo, conoció que, sin reprimir el apetito, no podría pelear con el debido esfuerzo contra los demás enemigos, y mucho ménos vencerlos. Con el ayuno, pues, con la mortificación del apetito debemos prevenirnos todos los cristianos, para entrar confiados en la palestra, para servir constantes y valerosos en la cristiana milicia, para rebatir los insultos de los enemigos de nuestras almas, y no quedar miserablemente vencidos.

Pero no penseis, amados oyentes, que yo quiera en vosotros unos ayunos y una abstinencia tan estrecha, que os priveis enteramente de los alimentos criados para nuestro uso. Este seria un intento tan necio, como es imposible su ejecucion. Lo que pretendo es, que se tome el alimento por necesidad, no por deleite ó para saciar nuestro apetito. Esto es lo que manda el Señor en el antiguo y nuevo testamento. Como benignísimo padre, nos ha concedido Dios el uso de los alimentos; pero no el deleite; no la inmoderada solicitud con que los deseamos y buscamos, poniendo en ellos casi todo el afecto; no los excesos á que nos abandonamos para saciar el apetito; excesos, que, léjos de subvenir á las necesidades de la vida, la dañan notablemente, y no pocas veces la consumen.

Se lisonjean muchos, de que observan rigurosa templanza, porque, ó por su pobreza, ó por su profesion, ó por otros motivos, dictados acaso por la codicia, se privan de manjares exquisitos y bebidas delicadas, aunque se sacian de otros alimentos groseros y ménos costosos. ¡Vana ilusion! las leyes de la templanza prohíben todo exceso en comer y beber, tanto en la cantidad, como en la calidad. ¿Qué im-

portará negar al apetito manjares preciosos y bebidas regaladas, si se le concede cuanto desea en otros manjares y bebidas, por más desordenado que sea su deseo? En los israelitas (Num. v, 4 et 5), que solo suspiraban por las ollas de Egipto, ¿se condenó por ventura el gusto de exquisitos regalos? El apetito de Esaú (Gen. xxv, 34), que le obligó á vender su mayorazgo, ¿dejó de ser desordenado y digno de reprobacion, porque solo solicitó un potage muy ordinario? A nuestros primeros padres los tentó la serpiente (Gen. iii) con la fruta de un árbol; y á Cristo señor nuestro le tentó el demonio con el pan, que es el alimento más comun. Sean las comidas y bebidas las que fueren, siempre que haya en ellas exceso, serán contrarias á la cristiana templanza, serán sin duda viciosas, reprobadas como tales, y condenadas en el severísimo tribunal de Dios.

No nos alucinemos, oyentes carísimos; la pasion de la gula es la que nos incita ciertamente á tales excesos, y ella es la que hemos de refrenar, si no queremos dejarnos dominar del vicio de la destemplanza, y de otros muchos que le siguen. Peleemos, pues, fuertemente contra esta pasion; procuremos refrenarla con la mortificación del ayuno y abstinencia. Tengamos presente la gravísima sentencia del apóstol san Pablo: los luchadores, dice (I Cor. ix, 25), guardan inviolable abstinencia, reprimiendo su apetito, solo por la vana honra de una corona de laurel ó de olivo, que se ha de marchitar luego; ¿con cuánta más razon debemos nosotros refrenar nuestro apetito, y observar la posible abstinencia, por una corona inmarcesible, por el premio inmenso de la gloria eterna? Este premio, esta corona ofrece Dios á los que triunfen de los enemigos del alma en esta vida; pero no conseguirán jamás tan glorioso triunfo sin vencer al apetito de la gula, que es el que da más fuerza á los demás enemigos, y debilita más la de nuestros corazones para poder vencerlos. Peleemos, pues, vuelvo á decir, con fortaleza y constancia contra la gula, mortificando el cuerpo con abstinencia y con ayunos, en cuanto lo permita la condicion de nuestra naturaleza. Esto debemos practicar en todos tiempos; pero nunca más que en la santa Cuaresma, instituida para la mortificación del apetito. Cuando la Iglesia nos intima la observancia de la Cuaresma, es lo mismo que tocar al arma, convocar al pueblo cristiano, para que se prepare, se arme y emprenda con valor la guerra contra sus pasiones, especialmente contra la gula, que es el fomento casi de todas. A este fin, nos propone el ayuno de Cristo señor nuestro, para que con tan sagrado ejemplo á la vista, entremos confiados en la batalla, siguiendo los pasos del Señor, que habiéndonos dado el ejemplo, nos concederá tambien los auxilios de

su gracia, para conseguir en tan dura pelea la victoria, y con ella la preciosísima corona de gloria inmortal y eterna en el cielo.

Así os lo suplicamos, oh Redentor clementísimo, y así lo esperamos de vuestra bondad inefable. Ya que os dignasteis, no solo de observar para nuestra instruccion el más riguroso ayuno, sino tambien de sentir con el hambre y sed sus penalidades por nuestro amor, excitad en nuestros corazones un vivo deseo de seguir tan sagrado ejemplo, de mortificar nuestros cuerpos con el rigor de la abstinencia, de padecer con vos y por vos en esta vida, para participar de vuestra gloria en la otra. Sea vuestro ayuno el remedio eficaz contra nuestros excesos; vuestra hambre y sed, el freno que reprima nuestro apetito y lo sujete á vuestra santa ley. ¿Quién se dejará llevar de los impulsos de la gula, considerando la abstinencia, el hambre y la sed, que vos quisisteis padecer por nosotros? ¿Quién resistirá á la observancia de las leyes del ayuno, sabiendo que vos, no por la fuerza de la ley, sino para nuestro ejemplo y á puros impulsos de vuestro excesivo amor, os sujetasteis á su rigurosísima observancia? Con todo, ha sido tanta nuestra flaqueza ó nuestra ingratitud, que, despreciando vuestras leyes y las de vuestra santa Iglesia, prefiriendo los gustos momentáneos del cuerpo á las verdaderas delicias del alma, y á las dulzuras eternas con que nos convida nuestra liberalidad inmensa, nos hemos abandonado, ciegos, á los excesos de la gula. Pero profundamente arrepentidos de tan lastimosa ceguedad, acudimos á vuestra clemencia, para el perdon, diciendo con todo el afecto: Señor mio Jesucristo, etc.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

GULA.—Es un vicio que hace encontrar al hombre amargura en todas las cosas espirituales.

Es un vicio que hace al hombre indigno de la intimidad que Dios quiere tener con él.

Es un vicio que, despues de ofender á Dios en un tiempo en que los placeres eran inocentes, atrae toda su indignacion en un tiempo en que los placeres están reprobados.

GULA.—Este pecado nos hace gravosa una carga que Dios nos ha impuesto.

Este pecado nos hace gravosos á nuestro prójimo.

Este pecado nos hace gravosos á nosotros mismos.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Filius noster iste protervus et contumax est, monita nostra audire contemnit, comessationibus vacat, et luxuriae, atque conviviis: lapidibus eum obruet populus civitatis. Deuter. XXI, 20.

Justus comedit, et replet animam suam: venter autem impiorum insaturabilis. Prov. XIII, 25.

Qui diligit epulas, in egestate erit: qui amat vinum, et pinguis, non ditabitur. Idem, XXI, 47.

Cui va? cui rixae? cui foveae? cui sine causa vulnera? cui suffusio oculorum? Nonne his, qui commorantur in vino, et student calicibus epotandis? Idem, XXIII, 29 et 30.

Vinum et mulieres apostatare faciunt sapientes. Eccle. XIX, 2.

Vinum in jucunditatem creatum est, et non ab ebrietatem, ab initio. Idem, XXXI, 55.

Sanitas est animae et corpori sobrius potus. Idem, XXXI, 57.

Vinum multum potatum, irritationem, et iram, et ruinas multas facit. Idem, XXXI, 58.

Propter crapulam multi obierunt: qui autem abstinens est, adjiciet vitam. Idem, XXXVII, 34.

Este hijo nuestro es protervo y rebelde: hace befa de nuestras repreciones: pasa la vida en merendonas y en disoluciones y convites. Entónces, *dada la sentencia*, morirá apedreado por el pueblo de la ciudad.

Come el justo, y satisface su apetito; pero el vientre de los impíos no se saciará.

Quien gusta de dar banquetes, parará en mendigo: no será jamás rico el aficionado al vino y á los manjares regalados.

¿Para quién son los ayes? ¿contra quién serán las triñas? ¿para quién los precipicios? ¿para quién las heridas sin motivo alguno? ¿quién trae los ojos encendidos? ¿No son estos los dados al vino, y los que hallan sus delicias en apurar copas?

El vino y las mujeres hacen apostatar á los sábios.

El vino, desde el principio, fué criado para alegría, no para embriaguez.

El beber con templanza es salud para el alma y para el cuerpo.

El demasiado vino causa contiendas, iras y muchos estragos.

De un hartazgo han muerto muchos; mas el hombre sóbrio alargará la vida.

Vae qui consurgitis mane ad ebrietatem sectandam, et potandum usque ad vesperam. Isai. v, 11.

Attendite autem vobis, ne forte graventur corda vestra in crapula, et ebrietate. Luc. xxi, 34.

Operamini non cibum qui perit, sed qui permanet in vitam æternam. Joann. vi, 27.

Sicut in die honestè ambulamus: non in comessationibus et ebrietatibus. Rom. xiii, 15.

Christo Domino nostro non serviunt, sed suo ventri. Idem, xvi, 18.

Ebrietates, comessationes et his similia: quæ prædico vobis, sicut prædixi, quoniam qui talia agunt, regnum Dei non consequentur. Galat. v, 21.

Nolite inebriari vino, in quo est luxuria. Ephes. v, 18.

¡Ay de vosotros los que os levanteis de mañana á emborracharos, y á beber con exceso hasta la noche!

Velad pues sobre vosotros mismos, no suceda que se ofusquen vuestros corazones ó entendimiento con la glotonería y embriaguez.

Trabajad para tener no tanto el manjar que se consume, sino el que dura hasta la vida eterna.

Andemos con decencia y honestidad, como se suele andar durante el dia; no en comilonas y borracheras.

No sirven (los golosos) á Cristo Señor nuestro, sino á su propia sensualidad.

Embriagueces, glotonerías y cosas semejantes; sobre las cuales os prevengo, como ya tengo dicho, que los que tales cosas hacen, no alcanzarán el reino de Dios.

No os entreguéis con exceso al vino, fomento de la lujuria.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA SOBRE EL MISMO ASUNTO.

La gula causó la ruina de Sodoma y demás ciudades, como nos lo dice claramente el Señor por el profeta Ezequiel: «Hé aquí cual fué la maldad de Sodoma... la soberbia, la destemplanza ó gula, y la abundancia ó lujo, y la ociosidad de sus habitantes.» (EZECH. xvi, 49).

Véase también lo que costó á Esaú un acto de gula. Por un plato de legumbres vendió su primogenitura, que entónces, no solo llevaba consigo el mayorazgo de los bienes, sino también el gobierno de toda la descendencia y la alta dignidad de sacerdote (GENES. xx). Por esto dijo S. Basilio: *Quid Esau inquinavit? Nonne esca una?* (Hom. 1 DE JEJUN.)

Quando el pueblo de Israel, cansado del maná, se sublevó contra

Moisés, pidiendo carnes como las que comía en Egipto, las obtuvo en abundancia; pero ¿qué sucedió? Oigamos lo que dice el sagrado texto: «Todavía tenían las carnes en la boca, y no se había acabado aún la vianda, cuando de repente, irritado el furor del Señor contra el pueblo, le castigó con una plaga terrible. Por cuyo motivo se llamó aquel lugar Sepulcro de concupiscencia, porque allí quedó sepultada la gente que tuvo aquel antojo.» (NUMER. xi, 33, 34).

Holofernes fué decapitado (JUDITH. xiii), Baltasar asesinado en su misma mesa, en medio de la destemplanza de los manjares y bebidas (DANIEL v); y muchos otros pasaron del lecho de su embriaguez á la region espantosa de las tinieblas eternas. Véase, entre otros, al rico Epulon del Evangelio. (Luc. xvi, 19.)

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Quid infelicius ebrietate dominari, ventri ultra capacitatem infundere, sensui rationem adimere, non loqui, non meminisse, non stare, et mortem quamdam naturæ incoluimi imperare? S. Hilar. in Psalm. 125.

Mala dominae servitur gula, quæ semper expetit, numquam expletur. S. Ambros. Serm. de jejun.

Plurimos gula occidit, nullum frugalitas; innumeris vina nocuerunt, nulli parcimonia; plerique inter epulas fudere animas, et mensas proprio repleverunt sanguine. S. Ambros. lib. 6 de Cain et Abel.

Semper saturitati juncta est lascivia. S. Hieron. in serm.

Et ex vilissimis vitanda est satiety, nihil enim ita obruit animam, ut plenus venter. Idem, ibid.

¿Qué hay más feo, que el dejarse dominar de la embriaguez, hartarse, quitar al entendimiento su razon, no poder hablar, ni estar de pié, sometiendo la naturaleza sana á una muerte degradante?

A mala señora sirve quien se sujeta á la gula, porque siempre pide y nunca dice basta.

Muchos perecieron por la glotonería, pero nadie por la frugalidad: á innumerables ha dañado el vino, pero á ninguno la parsimonia: muchos perdieron sus vidas en un banquete, corriendo su sangre sobre la misma mesa.

La lascivia siempre va unida á la destemplanza.

Debemos huir de hartarnos, aún de manjares frugales, porque nada ofusca más al alma, que el estómago lleno.

Temperantia est animæ affectio, coercens et cohibens appetitum ab iis quæ turpiter appetuntur. S. August. lib. 4 de liber Arbitr.

Nihil est gula perniciosius, nihil ignominiosius: hæc obtusum et crassum ingenium, hæc carnalem animum reddit, hæc cæcat intellectum, nec sinit ut quicquam perspiciat. Idem, Hom. 44 in Joann.

Ebriosus confundit naturam, amittit gratiam, perdit gloriam, invenit damnationem æternam. Idem, ad Sacras Virgin.

Fieri potest, ut sapiens pretiosissimo utatur cibo sine vitio voluptatis, insipiens autem fealdissima gulæ flamma in vilissimum exardescat. Idem, lib. 3 de Doctr. Christ.

Véase: **TEMPLANZA**;—**EMBRIAGUEZ**.

La templanza es un sentimiento del alma, que sujeta y refrena los apetitos ilícitos.

No hay cosa más perniciosa ni ignominiosa que el vicio de la gula: porque entorpece el ingenio y vuelve al alma carnal, ciega el entendimiento, sin permitirle ver los objetos con claridad.

El ébrio degrada su naturaleza, se priva de la gracia, pierde la gloria y encuentra la condenacion eterna.

Es muy posible, que el hombre prudente tome un manjar muy delicado sin pecar de góloso, y que un nécio se entregue á un exceso de gula con manjares groseros.

HÁBITO MALO.

I.

Miserere mei, Domine, fili David: filia mea malè á dæmonio vexatur.

Señor, hijo de David, ten lástima de mí: mi hija es cruelmente atormentada del demonio.

(MATT. XV, 22.)

En estos términos, hermanos míos, una mujer Cananea pedía á Jesucristo la curacion de su hija, poseida del demonio; siendo tan viva la fé y tan constante la confianza de que acompañaba su súplica, que obtuvo lo que deseaba; y su hija, libre del demonio obsesor, fué devuelta á su cariño. Deplorable era sin duda aquel estado; pero más lo es todavía el de aquel hombre, en quien el demonio tomó asiento por la culpa, y más aún, cuando reina en él despóticamente por un pecado habitual. Cuando se empieza á delinquir, el demonio hace su entrada en el alma y es fácil desalojarle; pero cuando se tiene la habitud del mal, y el vicio está arraigado por efecto de la reiteracion del pecado, el demonio permanece en esa alma con tal insistencia, y la sujeta con tan fuertes vínculos, que es muy difícil sacudir su yugo, y es casi necesario un milagro de la gracia, para librar al infeliz de la vil servidumbre en que yace. ¡Ah! entónces es cuando el pecador debe recurrir á Jesucristo, y pedirle con ahinco que le liberte: Señor, diga, elevando la voz como la Cananea del Evangelio, esta alma, hija vuestra, que habeis criado á vuestra imágen y semejanza, á la que disteis nueva vida, muriendo por ella en la cruz, se ha hecho mansion del demonio, esclava de una mala costumbre, que le causa heridas mortales: *malè a dæmonio vexatur*; compadeceos pues de su miseria; romped sus ataduras, y lanzad al demonio, que se ha enseñoreado de ella. Hé ahí, pecadores, lo que debeis hacer para dejar vuestras malas costumbres; y los que todavía no las hubiereis contraído, temed sus funestos resultados; y unos y otros aprended hoy, la conducta, que os cumple observar, ya para corregiros, ya para preservaros.